

CARTAS AL DIRECTOR. Los interesados que quieran remitir textos a la Dirección del periódico para su publicación en esta sección, deberán adjuntar a sus datos (nombre, apellidos, DNI) una FOTOCOPIA DEL DNI, requisito que también se pedirá a los textos llegados por email.

TRIBUNA ABIERTA

ALFONSO CASAS *



Crónicas para desmemoriados

El mismo día que los sublevados se alzaron contra la legalidad republicana empezó a escribirse una particular versión de la guerra civil destinada, precisamente, a justificar la sublevación militar del 18 de julio y toda la infamia que vendría después. Amparado en un control férreo de los escasos medios de información y en la ausencia de una oposición política significativa, perseguida y exterminada tras la guerra, el mensaje difundido por el vencedor no admitía réplica.

Con el paso de los años la historia escrita por los autores franquistas había de quedar obsoleta y, versiones como las de la conspiración comunista que pretendía hacerse con el gobierno de la República, hoy sólo apta para despistados o para lectores de un par de libros sobre la contienda española, no podían mantenerse ya con el rigor mínimo que exigen los estudios históricos.

La aparición de la editorial Ruedo Ibérico y su notable contribución al conocimiento de nuestra guerra desde el exilio, obligó al Régimen a actualizar aquella inmensa mentira que le servía de sustento. Incluso años después de que el mariscal Goering confesara la autoría del bombardeo de Guernica durante el Juicio de Nuremberg, el Caudillo seguía manteniendo que la destrucción de aquella ciudad fue debida a los dinamiteros vascos en retirada.

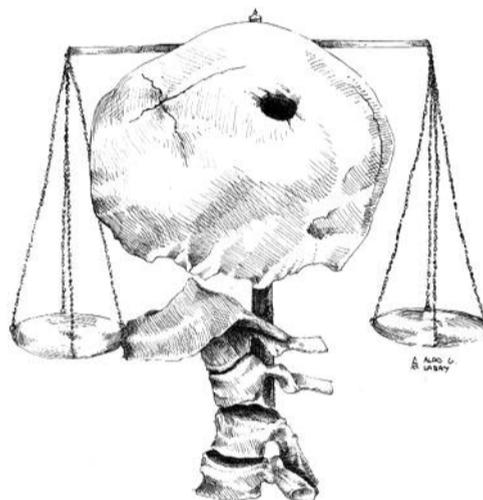
Para hacer frente a esta situación, el Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, creó una Sección de Estudios sobre la Guerra de España y puso al frente a Ricardo de La Cierva. El paso de los años ha ido aumentando la historiografía de la guerra civil con nuevas aportaciones de investigadores solventes, aunque también han tenido su hueco los llamados revisionistas, es decir, contadores de cuentos que ya conocíamos desde hace mucho tiempo.

Afortunadamente, el rigor científico y la honestidad han superado esa supuesta virtud del historiador llamada imparcialidad que consiste en dar una de cal y otra de arena.

Hoy, cuando todavía hay quien es capaz de dejarse seducir por mensajes políticos que alertan de la fractura de España, de la persecución de la Iglesia Católica, o de la quiebra de la familia tradicional, resulta difícil abordar con serenidad un debate serio sobre el origen de la guerra o sus consecuencias. Es más fácil recrearse en aspectos folclóricos, contar batallitas o resumir algo tan complejo con simplezas recurrentes. Cuando todavía somos tan reticentes a conocer un hecho tan trascendente en la histo-

ria individual y colectiva de este país, ya estamos haciendo recreaciones o inventando videojuegos, abundando en los aspectos más superficiales del drama español.

No falta quien dice que no hay que reabrir viejas heridas. Nada dicen de cómo se abrieron, ni de la sal que algunos echaron en ellas, simplemente les incomoda el pasado. Para ellos no es bueno hacer un poco de ejercicio memorístico sobre el origen del franquismo y sus cuarenta años de existencia, prolongados en una suerte de tardofranquismo que perdura en algunos grupos de nuestra sociedad, ni sobre el entramado represivo construido sobre un



cuerpo legislativo destinado a expoliar, exterminar, humillar, a los vencidos de la guerra, con la connivencia de muchos españoles y la inacción de tantos otros, sometidos por el miedo y el recuerdo de una guerra devastadora.

En España no se ha asumido ese pasado, ni se han hecho los gestos necesarios para restañar las viejas heridas. Aquel terrible acontecimiento se borrará con el paso de los años de la memoria de los que nos sucedan, pero existió.

“Estamos derrotados por nuestras propias culpas”, decía Zugazagoitia. Hoy Teruel se enfrenta a nuevas batallas, a una lucha incierta por asegurarse un futuro digno. En ocasiones, el panorama es desolador. Una manifestación por la mejora de los estudios universitarios convoca a mil doscientas personas, contando con la masa dirigente del principal partido de la oposición y del partido socio de gobierno en funciones de oposición. Pero a muy pocos jóvenes, - que se supone han de resultar benefi-

ciados por esas mejoras -. El interés de la ciudadanía se resiente si comparamos esta convocatoria con otras de mayor enjundia, como el reparto de porciones de turrón o la digestión colectiva del bocadillo de jamón más grande del planeta. En esta lucha nos encontramos, ante la indiferencia generalizada de una ciudad que pone en entredicho la estética de una plaza, con sus lucecitas y su pavimento a prueba de excesos vaquilleros, pero no el dispendio desproporcionado e injustificado que ha supuesto para la hacienda pública la remodelación de este espacio. Por no hablar del Óvalo. El despilfarro multimillonario frente a las necesidades cotidianas de una ciudad con muchas carencias. Quería hablar de la memoria de hace setenta años y he acabado hablando de la memoria de hace siete días.

En ocasiones paseo por un lugar próximo a la ciudad en el que descansan los restos de un combatiente que participó en la batalla que tuvo lugar en estas tierras hace setenta años. Sobresale de la tierra su cráneo, en el que destaca un orificio en su frontal como el signo cainita de aquella lucha fratricida. Como él, otros muchos se extienden por los montes turolenses, en el lugar en que cayeron, suplicando que no los guarden en una caja de cartón en los sótanos de cualquier instituto forense. Como un Hamlet cualquiera, miro fijamente las cuencas vacías de ese Yorick anónimo, preguntándome cual es el significado de ese orificio que truncó las vidas de la víctima y de su ejecutor.

En el segundo aniversario del comienzo de la guerra, el Presidente de la República pronunció un discurso que terminaba con unas palabras que han sido mil veces repetidas: Paz, Piedad y Perdón. El discurso debería ser lectura obligatoria porque es una verdadera lección de patriotismo, lejos de ese otro patriotismo que ahora esgrime la derecha española más rancia, esos banderizos obtusos, fanáticos y cerriles, en palabras del propio Azaña, que se apropian de los símbolos de todos.

Y también es un análisis lúcido y certero de los orígenes y de las consecuencias de la guerra. Precisamente lo que nos hace falta, por volver al principio de este escrito.

Pero, nos hemos puesto demasiado serios. El cráneo seguirá en su túmulo improvisado y, tarde o temprano, todos nosotros, incluidos los mejores patriotas de esta tierra, acabaremos con los mismos pelos en la cabeza que nuestro querido y particular Yorick, el último caído de la batalla de Teruel.

* Presidente de ABATE

CARTAS AL DIRECTOR

Cómo hablar con los hijos

Una de las mejores ayudas que se pueden prestar a los hijos es escucharlos. Pero también hay que hablarles, comunicarles nuestras ideas y criterios sobre los temas que interesan mutuamente. Esta conversación debería tener estas características:

- Brevidad. Lo que se puede decir con pocas palabras es más eficaz que decirlo con muchas.
- Amabilidad. La conversación ha de ser positiva, sin que falte una chispa de humor. Con la amabilidad se puede ganar el corazón del otro y la comunicación se

hace más espontánea y constructiva. Es importante evitar las frases hirientes y abusar de la ironía. En este caso tiene razón el refrán: "Se consigue más con una gota de miel que con un barril de hiel". Aun en los momentos en que se debe corregir no hace falta poner mala cara o sentarse a ambos lados de la mesa del despacho, sino apoyarse en el respeto mutuo y en el prestigio personal para decir las cosas serenamente.

- Persuasión. Antes de iniciar la conversación habrá que reflexionar en la forma de "entrar" con naturalidad en el tema que interesa tratar. Habrá que tener presente

lo que se ha dicho en otras ocasiones y lo que tenemos previsto decirle.

- Oportunidad. En ocasiones resulta difícil encontrar el momento y lugar adecuados para tener una charla con el hijo. No debemos corregir cuando estemos enfadados o lo esté la otra persona, pues podríamos arrepentirnos de los insultos o amenazas inoportunas. Además de no discutir con el otro cónyuge delante de los chicos, tampoco es positivo corregir a un hijo mayor en presencia de los más pequeños. Es preferible esperar y hacerlo a solas en el momento y lugar adecuados.

En las relaciones familiares se plantea con frecuencia la alternativa de si los progenitores han de ejercer como amigos o como padres con sus hijos. En primer lugar habría que decir que la responsabilidad de los padres en cuanto a la atención y educación de los niños es superior a la pura amistad. No obstante, los padres pueden buscar la amistad de los hijos para que estos les confíen sus preocupaciones y les consulten sus problemas, a fin de prestarles una ayuda eficaz en el momento que la necesiten.

Arturo Ramo García
Teruel